

## CAPITULO XXIV

---

### SI ES PERMITIDO FRECUENTAR LOS TEATROS.

En los capítulos precedentes hemos mostrado el teatro condenado aun por los autores dramáticos y por los actores. El amor de los espectáculos, está, pues, en razon inversa con el sentido cristiano y con el sentido humano. Segun nuestra promesa, vamos á examinar los pretextos que se tienen para justificarse á sí mismo, ó para justificar en los demas la frecuencia del teatro. Hablaremos en seguida de las comedias ó tragedias de colegio, de pensionados y de sociedad.

Ante todo, recordemos que los primeros cristianos no iban á los teatros. Es hecho atestigüado por los mismos autores paganos que se los reprochaban. Sin otras consideraciones, el ejemplo

de tan venerables abuelos, debería, según parece, bastar para arreglar la conducta de sus hijos. ¿Conoceremos mejor que esos discípulos inmediatos de los apóstoles, el verdadero espíritu del cristianismo? ¿hemos recibido otro bautismo? ¿tenemos otro evangelio? Sin embargo, si preguntamos á nuestros padres la razón de su conducta, nos responderán lo que respondieron á los paganos: "Nos preguntais por que no asistimos á vuestros espectáculos. Es porque conocemos todo el peligro que tienen." Es así que este peligro es el mismo hoy que ántes.

Escuchemos á Tertuliano y con la mano en la conciencia digamos si el cuadro de los espectáculos de su tiempo no es el mismo de nuestros días. "El teatro dice, es el santuario del amor profano. Solo se va allá para buscar el placer. El encanto del placer enciende la pasión que se inflama á su vez por el atractivo del placer. Supongo que se tiene un exterior modesto: ¿pero quién me responderá que bajo este exterior flemático, bajo esta máscara impuesta por las conveniencias, permanezca impassible el corazón y que en el fondo del

alma no haya una secreta agitación? No se viene á buscar placer sin deleitarse en él."

¿De qué naturaleza es en general el placer que procura el teatro? De todos, el más peligroso. "En el teatro, continúa Tertuliano, el amor impúdico entra por los ojos y los oídos. Allí las actrices se inmolan á la incontinencia pública de una manera más peligrosa que en los lugares que no me atrevo á nombrar. ¿Qué madre, no digo cristiana, pero ni que al menos conserve algo de honradez, no desearía mejor ver en la tumba á su hija que en el teatro? La habrá educado con tanto esmero, la habrá rodeado de tantas precauciones, para entregarla al público y hacer de ella un escollo á la juventud. ¿Quién no ve á esas desgraciadas como esclavas extraviadas en quienes está extinguido el pudor? Y hé aquí, que, sin avergonzarse, ellas mismas se instalan en pleno teatro con todo el atractivo de la vanidad. Importará nada á los espectadores pagar su lujo, ayudar á su corrupción, exponer su corazón é ir á aprender de ellas lo que jamás deberían saber. "Si debemos tener horror á la impureza, ¿nos se-

rá permitido acaso ir á oír ó á ver lo que nos está prohibido hacer ó decir, nosotros á quienes se nos tomará cuenta de una palabra ociosa? Lo que hemos renunciado solemnemente en el bautismo, no nos es permitido practicar, ni expresar, ni mirar de cerca ni de lejos. Luego, sea cual fuere el nombre, tragedia ó comedia, no hay una pieza en que la intriga no tenga por objeto una accion contra las costumbres ó contra la humanidad; debilidades ó crímenes, hé aquí lo que presenta. ¿Qué nos enseña, decidme, la tragedia? Nada, sino aventuras románticas y exageradas que no traen á la imaginacion, casi siempre, sino actos violentos ó vergonzosos que mejor valdria jamas haberlos conocido ó fielmente olvidado. Y la comedia ¿qué expone á vuestras miradas? Las intrigas de la seducción y el deshonor de los esposos, indecentes bufonadas, padres burlados por sus criados y por su hijos, ancianos imbéciles y prostituidos. ¿Qué escuela para las costumbres!

Despues de haber demostrado hasta la evidencia, que el teatro es ocasion de pecado y que los votos del bautismo lo prohiben, Tertuliano exa-

mina que se alega para justificar su presencia. No hay un solo sofisma de los que hoy se alegan, que no haya sido refutado victoriosamente por el elocuente escritor. Como su autoridad es mayor que la nuestra, nos sujetaremos únicamente á analizar su inmortal obra.

Se nos dice: "A mi edad, en la posición que ocupo, con la fuerza de mis sanos principios y mi feliz constitucion, nada tengo que temer del teatro."

"¿Vuestra edad? Quien quiera que seais no estais salvo de los peligros del teatro. Si sois jóven, hay que temer mucho por vos. Alejado de la oracion, con trabajo parais los golpes de vuestro enemigo. ¿Cómo os defendereis de las impresiones de la concupiscencia que en el teatro os asedia por todas partes y á donde es aprobada de todos? No os contendrá ciertamente el deber, en espectáculos en que se habla mas alto al corazon que á la conciencia. Tampoco es preservativo la vejez. No, los hielos de la edad no apagan el fuego largo tiempo escondido y que á menudo crece con mayor actividad."

“Os es preciso asistir al teatro, decís, por el rango que ocupais. Y yo os digo que la fé cristiana no conoce otra necesidad que la de obedecer la ley del Señor.

¿Vuestro rango? Miétras mas elevado sea, mas os obliga á dar buen ejemplo y á absteneros del teatro, por temor de que yendo á él no enseñeis el camino á vuestros inferiores. Hay circunstancias en que es preciso asistir á él. Y yo os digo que en ningun caso está permitido ofender á Dios.

Pero la costumbre me autoriza. ¿Qué costumbre? ¿quién la ha establecido? ¿quién la autoriza? Acordaos de que Jesúsristo vuestro Dios y vuestro Juez se llama la verdad y no la costumbre.

Creis estar libre de peligro por vuestra constitucion. Apelo á la experiencia. Despues de sus lecciones diarias, ¿cuántas personas, decidme, han salido del teatro como entraron á él?”

Hace mil quinientos años que decia san Jerónimo: No creo lo que dicen algunos, que han salido ilesos de los teatros: *Se nulli credere viro si decat se illaesum evasisse a spectaculis.* Es as

que el teatro no ha cambiado y la naturaleza humana es hoy la misma que entónces.

Si á vuestra conciencia apelo, decia Tertuliano, qué respuesta obtendré. Qué habeis ido á ver. Todo cuanto os agrada ver y á la vez todo cuanto os está prohibido imitar. Decidme de buena fé si es allí el lugar del cristiano. El soldado solo se encuentra en el campo enemigo, cuando ha desertado de sus banderas. ¡Qué, estais por la mañana en la iglesia de Dios y por la tarde en el templo del demonio! que, esas manos que hacia un momento levantabais hácia el cielo, sirven ahora para aplaudir á un histrion. Esa boca que se abria para cantar los santos misterios, ha proclamado las alabanzas de una prostituta. ¡Quién os impedirá en adelante cantar himnos en alabanza de Satan!

“Pero decís: Solo escojo buenas piezas; algunas hay que son verdaderas escuelas de moral.” ¿A dónde están esas buenas piezas? Decid mejor que escojeis lo ménos malo. Aquí la eleccion no está entre lo bueno y lo malo, sino entre lo peor y lo malo. ¿Acaso no todas respiran la mas pérfida de las pasiones?”

Hoy mismo, si sucede, lo que es bien raro, que el argumento de una pieza sea algo regular, se le sazona con un sainete que es pésimo ó con el baile, que no lo es ménos. Y ademas, ¿no cambian las piezas su naturaleza cuando son representadas? ¿No se hacen mas peligrosas por las seducciones que las acompañan?

“¡Vais al teatro, dice Tertuliano, como á una escuela de moral! ¿De qué moral? No hay mas que una, la del Evangelio. ¡Y quereis hacerme creer que vais al teatro para buscar en él modelo de virtudes cristianas! ¡Cuán dignos intérpretes de la Sagrada escritura son vuestros poetas dramáticos! ¡Cuán digno órgano del Espíritu Santo son los actores y actrices!”

## CAPITULO XXV

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

No queda agotado aun el arsenal de los pretextos, cuando la pasion discute, jamas concede. “Así añadís siempre, Tertuliano habla, voy al teatro por acompañar á mis hijos. ¿Y con qué derecho les permitis ir á ellos? ¿No os es bastante haberles comunicado el fuego de la concupiscencia engendrándolos, sino que os es preciso atizarlos conduciéndolos al hogar de todas las pasiones?”

Es que necesitan distracciones. ¿Qué distraccion es por cierto ofender á Dios, ver á los que le ofenden y aplaudirlos!

“Pero si es porque oigan voces y cantos y música hermosa.” Mientras mas bellas sean esas voces, de actores y actrices, tanto mas peligrosas serán. Peligrosas porque cantan; peligrosas por los

aplausos que se tributan á la profanacion pública de uno de los mas bellos dones de Dios. ¿Qué música ois en el teatro? ¿La que purifica el alma y eleva los sentidos? Esa es desconocida en el teatro. La única música que allí reina, es la música de las pasiones, la música de las sensaciones, la música que acaricia, que despierta, que exalta todos los malos instintos de la naturaleza y que hace circular en las venas el fuego de la triple concupiscencia.

Pero es para formarlos. ¿Formar qué; su espíritu, su corazón, su carácter? No lo creéis. ¿Formarlos para qué? A imágen y semejanza del Dios que los ha criado, y á quien deben semejarse? No; si no para que sean de buen tono. ¿Y qué vuestra hija no puede ser formada segun la sociedad, sin tener á una cómica por modelo, y vuestro hijo á un comediante por preceptor?

Pero el teatro es para mí un pasatiempo. ¿Y os pertenece el tiempo? ¿lo teneis á vuestro capricho para gastarlo segun vuestro capricho y para hacerlo cómplice de vuestras pasiones? ¿Ignorais que el tiempo es un depósito que se os ha confía-

do y del que dareis estrecha cuenta? De cada hora de ese tiempo, ¿cuántas teneis reservadas para pecar?

Pero si no hago mal. Desengañaos: por el solo hecho de vuestra presencia en el teatro, haceis mas mal de lo que pensais.

1º El teatro, no lo ignorais, siempre ha sido señalado como ocasion de pecado. La experiencia en este punto da tristemente razon de la enseñanza de los Padres, de los Concilios, de los Catecismos y de los confesores. Además, ¿os es permitido exponeros voluntariamente al mal? ¿Sois de una naturaleza diferente de tantos otros á quienes ha pervertido y aun pervierte el teatro?

2º Os haceis responsable de un gasto no justificado. De la misma manera que el tiempo, no os pertenece el dinero. Sin embargo, yendo al teatro gastais néciamente uno y otro. El dinero: lo prodigais, sea para comprar ricas telas, sea para pagar los abonos; miétras que vuestro acreedor, multitud de familias, no tienen ni ropa, ni fuego, ni pan.

El tiempo: en nuestras ciudades actuales está

la vida de tal manera organizada, que los miembros de una misma familia, viven habitualmente separados unos de otros. Durante la mayor parte del día, el padre está ausente; los hijos en la escuela ó en el taller; la madre sola guarda el hogar ó brilla en el salón. Esta separación, se comprende sin trabajo, tiende á arruinar el espíritu de la familia. Bastaría para hacerla durar agradablemente, pasar las noches reunidos.

Y no obstante, ese tiempo precioso bajo todos puntos de vista, lo pasáis en el teatro. Y luego las familias se desorganizan: el marido se queja de su mujer, ella de su marido, los hijos se hacen ingobernables: ¿y de quién es la culpa? preguntadlo á los bailes, á los casinos y sobre todo al teatro.

3º Os haceis culpables no solamente para con los pobres y para con vuestros hijos, sino tambien para con vuestros criados. Mientras estais en el teatro una buena parte de la noche ¿qué se hacen vuestros criados? ¿qué pasa en vuestras casas, sobre todo en las casas del moderno Paris á donde todo criado de uno y otro sexo esta abandonado co m

pletamente? Y sin embargo, escrito está: El que no tiene cuidado de sus domésticos, de su alma mas que de su cuerpo, es peor que un infiel. Sobre esto, no lo olvideis, sereis juzgados.

4º Os haceis culpables de mal ejemplo. Me direis que sois invulnerable á los tiros del teatro, que asistís á él con indiferencia, que os avergonzaríais de las compañías que en el encontráis: ¿será por eso ménos cierto que con vuestra presencia autorizais el espectáculo? Mientras mas os tengan por honrado, estimable y aun cristiano ó cristiana, mas contagioso será. Lo que vuestro pensamiento codena, vuestra conducta aprueba. Se hace uno aprobador del mal, cuando se encuentra uno á gusto entre los que lo cometen. No es preciso ser actor, basta ser cómplice. Si no hubiera espectadores, no habria actores.

A pesar de la evidencia persistís en decir que no haceis mal en ir al teatro. Y bien, hé aquí la piedra de toque con cuya ayuda conoceréis infaliblemente la naturaleza del placer cuya defensa tomáis. Es un principio de moral, que podemos ofrecer á Dios las acciones mas indiferentes: beber,

comer, dormir, pasear. ¿Quereis saber si vuestra asistencia al teatro es buena ó mala? Ofrecédsela á Dios. Decid: "Voy á un lugar donde todo respira voluptuosidad, vanidad y otras pasiones; voy á exponerme libremente á oír y ver cosas que son para mí causa de tentacion y ocasiones de pecado; voy á ayudar con mi dinero y mi presencia, para que las almas se pierdan por divertirme; esto voy á hacerlo ¡oh Dios mio! conforme á los votos de mi bautismo, por vuestra mayor gloria, para la edificacion de mi prójimo y por la salvacion de mi alma. Bendecidme y parto."

Si podeis hacer esta oracion id al teatro: no hareis mal en ir.

Despues de haber reducido á su justo valor los pretextos comunes á todos los defensores del teatro, que me sea permitido dirijirme á las mujeres en particular y decirles: Madres de familia, jóvenes, quien quiera que seais, teneis un motivo especial y todopoderoso de absteneros del teatro.

Toda mujer honrada que pase delante de un teatro debe volver la cabeza y avergonzarse.

Toda mujer que entra á un teatro, falta al sentimiento de la dignidad.

¿Por qué? porque sobre la puerta de todos los teatros está gravada esta inscripcion. "Aquí se dashonra á la mujer."

Voy á explicarme con toda franqueza.